

La vida del tío Dimi y de los suyos no era sino una especie de esclavitud disfrazada de libertad. Todo el producto de su trabajo era absorbido por las deudas eternas al propietario del terreno y al Estado. Para ellos el hermoso trigo candeal, el mejor maíz, la leche de la vaca, los huevos y las gallinas. Para los habitantes de la choza la sopa de agua, las habichuelas y una *mamaliga* (1) de mala calidad.

Esta vida volvía mala a la gente. El tío Dimi se emborrachaba los domingos y pegaba a su mujer, la cual, amedrentada, iba a esconderse a casa de los vecinos. Cualquier pretexto le bastaba. Era suficiente que su mujer tardara en encender el fuego para que el tío la arrojara a patadas, de cabeza, en las cenizas del hogar. Entonces la abuela se enfadaba, cogía la *cobilitza* y propinaba a su hijo unos cuantos golpes, que él aguantaba riéndose.

—¡Borracho!... ¡Mientras estáis enamorados sacáis un palmo de lengua por conseguir a la muchacha, y cuando ya la tenéis la tratáis como a una perra!...

Después el pequeño Adrián iba en busca de la maltratada, la cual se levantaba las faldas sollozando y enseñaba a su suegra sus muslos plagados de cardenales.

—¡Nunca hubiera creído que mi Dimi me pegaría así—murmuraba entre sollozos.

—¿Qué quieres, hija mía? Bien sabías que nosotros éramos gente pobre, que vivíamos "pegados a la tierra". No haberte casado. La pobreza y el amor nunca hacen buenas migas. No lo olvides para tus hijos.

A pesar de sus setenta años, la buena abuela hacía cuanto le era posible por mitigar la pobreza que había transmitido a sus hijos en patrimonio. Como ya no podía dedicarse a las faenas rudas del campo, se encargaba de todas las tareas de la vida doméstica: guisaba, lavaba, cuidaba de los chiquillos y de los animales. Y como también quería reunir algunos cuartos para "sus limosnas", todos los instantes libres, todos los momentos de ocio dedicábalos a rebuscar espigas detrás de los segadores, a recoger los copos de lana que las ovejas abandonan en los cardos y a coger la achicoria que crece al borde de las zanjas. Asimismo era llamada para friccionar a los niños enfermos y exorcizarlos. Por la noche, durante la cena común, considerándose como una boca inútil, no tocaba la leche ni los huevos, cuando había ambas cosas en la mesa, y se contentaba con un poco de sopa y de verdura con vinagre.

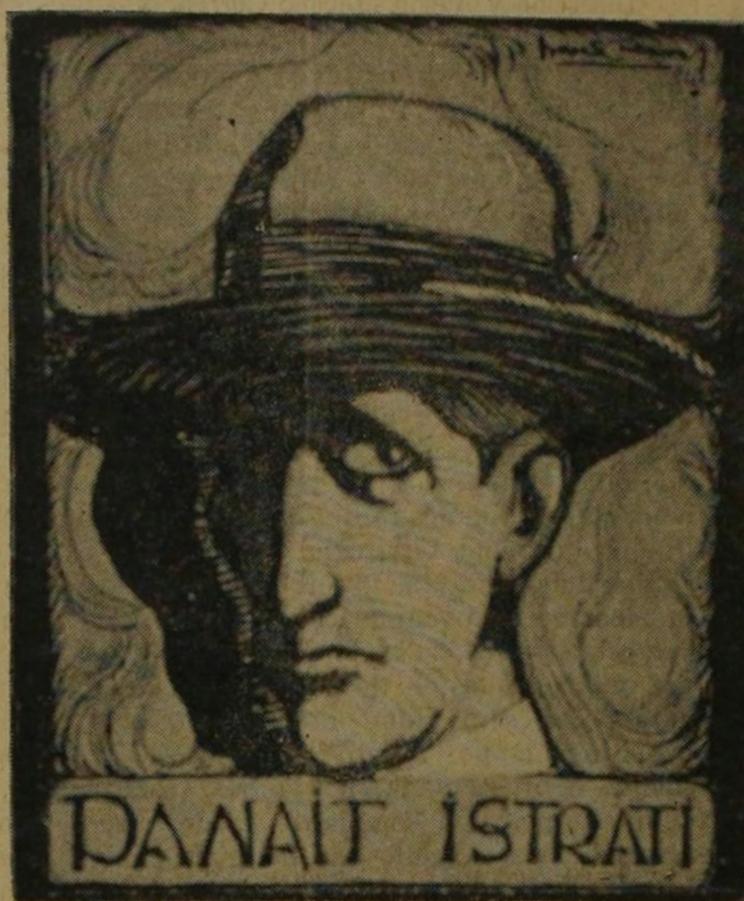
Dos veces a la semana, encorvada bajo el peso de su repleta *cobilitza*, la abuela recorría los cinco kilómetros que separaban a la choza del mercado de Braila y regresaba con treinta perras anudadas en la punta del pañuelo. Pero estas perras hacían milagros, porque al cabo de tres o cuatro años se la veía abrir un pozo en los lugares de tránsito de los carreteros, o bien comprar una cama completa para una muchacha pobre a punto de casarse, cuando no una vaca con su chotillo, que ella ofrecía como limosna por la salvación de su alma.

También se daba el caso, aunque muy raras veces, de que el tío Dimi descubría el escondite en que la pobre mujer guardaba el dinero, y poco tardaban en evaporarse pozo, cama, vaca y ternero. Entonces el alma de la piadosa Nedelea andaba enferma durante seis meses. Para abstenerse de pronunciar "la palabra imperdonable", la mujer deambulaba, lívida y triste, con una mano encima de la boca.

(1) Pan del campesino rumano.

Una noche en los pantanos

= De *Codine*. Infancia de Adrián Zograffi. Edit. CENIT. Madrid. 1930. =



Las biografías de Panait Istrati (y fue Romain Rolland el primero en revelar a su público la existencia de este escritor), nos dicen que nació en 1884 de madre rumana y padre griego; que su madre le sacó adelante a fuerza de trabajo y que él, desde la adolescencia empezó a correr mundo y cambiar de oficio: mozo de taberna, pastelero, cerrajero, calderero, mecánico, peón, cavador, descargador, criado, hombre-anuncio, pintor de muestras y de paredes, periodista, fotógrafo ambulante; fue revolucionario, suicida frustrado...

Como escritor ha elegido la lengua francesa para contar sus experiencias vitales y sus recuerdos de trotamundos, para formular sus aspiraciones humanitarias, para clamar su profesión de fe, su creencia en un porvenir de libertad y amor, entrevista desde las tristezas de la vida presente.

Su visión de la existencia se ha formado en la aguda observación de las gentes que trabajan, padecen y luchan. En su prosa hay un arrebatado, a veces una expresión de violencia, que parecen de lo más contrario al gusto francés. Ha logrado, no obstante, una consideración entre los escritores de Francia, como representante de una de las facetas del espíritu cosmopolita que hoy le da animación y variedad, por obra de tantos hombres acogidos a su idioma, tan trabajado y hecho a la expresión de los más diversos matices.

E. Díez Canedo

(En la traducción española de Mijail, otro libro de Panait Istrati. Editorial CENIT. Madrid, 1930).

Adrián, el pequeño sobrino—que fue criado en la choza hasta los siete años y que después pasaba en ella sus vacaciones de colegial—, era testigo de aquellas maldiciones del tío Dimi, pero ello no impedía que le quisiera...

Por lo demás, contra lo que pudiera creerse, todo el mundo le quería a Dimi, desde su maltratada mujer y su despojada madre hasta los campesinos, que le invitaban a todas las fiestas y a todas las bodas. Y es que era un trabajador, incomparable y un flautista como no había dos en la comarca. Su hoz tenía la supremacía entre los segadores, y su flauta decidía a lo más viejos y a los más taciturnos a tomar parte en el baile.

Aparte de esto, resultaba simpático con su aire huraño, que ocultaba un humorismo contenido; con su cara de tzigano de frondosas y siempre fruncidas cejas, con la espontaneidad de sus decirs.

Adrián le quería y el tío quería a su sobrino. Eran camaradas. A veces el camarada pequeño le recriminaba al grande por sus brutalidades para con su mujer; pero éste le respondía:

—Espera a casarte para hablar; las mujeres son un mal negocio.

—¿Por qué te has casado tú entonces?

—Porque así se hacen esas cosas. Hay que pasar por ello. Hasta después no se da uno cuenta

de que hay que trabajar para dos, para cuatro, para diez. Entonces se bebe para olvidar y pega uno para vengarse.

Adrián no se daba por satisfecho con estas respuestas y se interponía cada vez que el tío la emprendía a golpes con la tía sabiendo muy bien que Dimi era incapaz de golpearle a él. Y es que el campesino quería mucho más al hijo de su hermana mayor que a sus propios hijos y le consentía todos los caprichos, llegando hasta a acompañarle a orinar cuando no tenía ninguna gana de hacerlo. Toda la pasión del pequeño era hallarse siempre y por doquiera con su tío, y en particular cuando este último cogía la escopeta para disparar contra los zorzales que arrasaban las uvas o cuando enganchaba los caballos para ir a cortar caña a los pantanos.

¡Ah! ¡Cómo olvidar aquellas noches pasadas en las inmensas ciénagas de la desembocadura del Sereth!

El tío Dimi no tenía permiso para cortar la caña. Este permiso costaba veinticinco francos al año, y él no podía sufragárselo. Por consiguiente, salía a la caída de la noche para encontrarse en el mercado de la ciudad vecina antes de que amaneciera.

Adrián se olía la partida por los preparativos que observaba por la tarde: los caballos recibían un pienso suplementario y se les dejaba descansar. Después se llenaba el saco de viaje con una enorme *mamaliga*, unas cuantas cebollas y sal. Para beber, una *plasca* con agua.

Pero la señal más inequívoca de que iba a haber salida para la corta veía la indumentaria de mendigo que se ponía el tío, así como en su frente arrugada y en su semblante trágicamente inquieto, porque nunca se sabía cómo podía terminar aquello. Tratábase de un robo: robábase lo que el propietario del dominio no había labrado ni sembrado nunca. Y a veces, en vez de hallarse por la mañana en el mercado, se encontraba uno en casa del boyardo, confiscados los caballos y la carreta: los relinchos de los animales habían llamado la atención del turco que vigilaba los pantanos.

Una noche el tío Dimi y Adrián emprendieron tarde la marcha para no ser vistos de los vecinos. Había que recorrer siete kilómetros hasta llegar a los pantanos. Noche de junio, aire cálido, cielo estrellado. El tío conducía, fumaba y callaba, en tanto que Adrián, detrás de él, escuchaba el rumor del viento en sus oídos sin proferir una palabra.

Una vez que hubieron llegado al reino del silencio, desengancharon los caballos y los ataron al carruaje con el saco de avena colgado del cuello. Después, Dimi se introdujo en la charca empuñando la podadera.

Era menester ir muy lejos, meterse en el agua hasta las rodillas, hasta el vientre incluso, porque el robo resultaba demasiado visible junto a las orillas; pero el tío era fuerte y decidido: con tal de llegar a las cañas más hermosas y ganar cuatro francos en el mercado no vacilaba en arriesgarse.

Al partir le recomendó a Adrián en voz baja: —Ten cuidado de los caballos... Si se impacientan, échales otro puñado de avena, sobre todo al de la derecha, que es un mal bicho. Y procura no dormirte, porque cogerías frío.

¿Dormirse Adrián? ¡Qué disparate! Tan sólo aguardaba a que su tío volviera la espalda y desapareciera para sentirse señor absoluto de

(Pasa a la página 242)